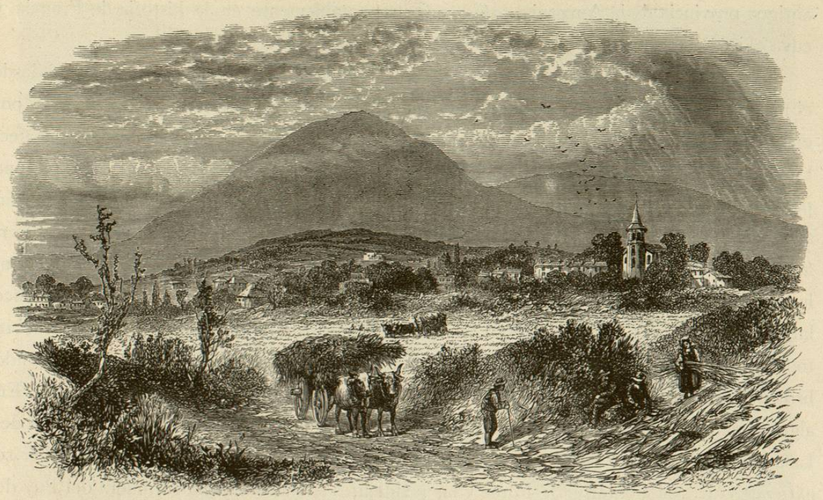
Despues de visitar este punto los viajeros suelen despedirse del Oberland, pasando por Rosenlani, que segun los artistas es una de las localidades más pintorescas, aunque no tanto como ántes de retirarse los glaciares, pues entónces veíanse grandes témpanos de hielo azulado pendientes sobre un oscuro barranco, en cuyo fondo se deslizaba el torrente con gran estrépito. De todos modos, el golpe de vista que hoy ofrece la localidad es verdaderamente magnífico.



El Puy de Dome, visto desde la aldea de Orcines

AUVERNIA Y EL DELFINADO

I

Los que sólo conocen la Francia por haber efectuado rápidos viajes desde Calais á Paris y desde Estrasburgo á Basilea, podrian sonreir cuando oyen á muchos de sus habitantes designarla con el calificativo de *la bella*, considerando esto como la exageracion de un patriotismo perdonable, sobre todo al recorrer la parte del Noroeste, cuyos distritos tienen por lo general un aspecto tan triste como el de ciertos condados de Inglaterra; y la region oriental, en la que sólo algun antiguo castillo ó una iglesia de extraña arquitectura podrán excitar de vez en cuando el interés del viajero, sin contar los cerros de Borgoña, que alfombrados de viñedos, seducen por la novedad cuando no por la belleza. Sin embargo, hay otras regiones que bien merecen el citado calificativo, no sólo en los distritos montañosos de Saboya y Mauriena, esas vertientes de los Alpes que fueron la materializacion de la idea francesa, no sólo entre los olivares y palmeras de Niza, que fueron el precio de la libertad de Italia, sino tambien en casi todo el centro y el sur, en la inmensa extension comprendida entre las dunas y las arenas de la costa occidental, así como á través de la inmensa llanura por donde el Ródano se desliza hácia el mar. En el centro de esta llanura hay un vasto país alto tan considerable como Gales, una meseta en la que se elevan numerosas colinas diseminadas y grupos de montañas, algunas de gran altura, entre cuyos valles comienzan su curso varios de los principales rios de Francia y los cien tributarios que aumentan el caudal de sus aguas. Esta es la

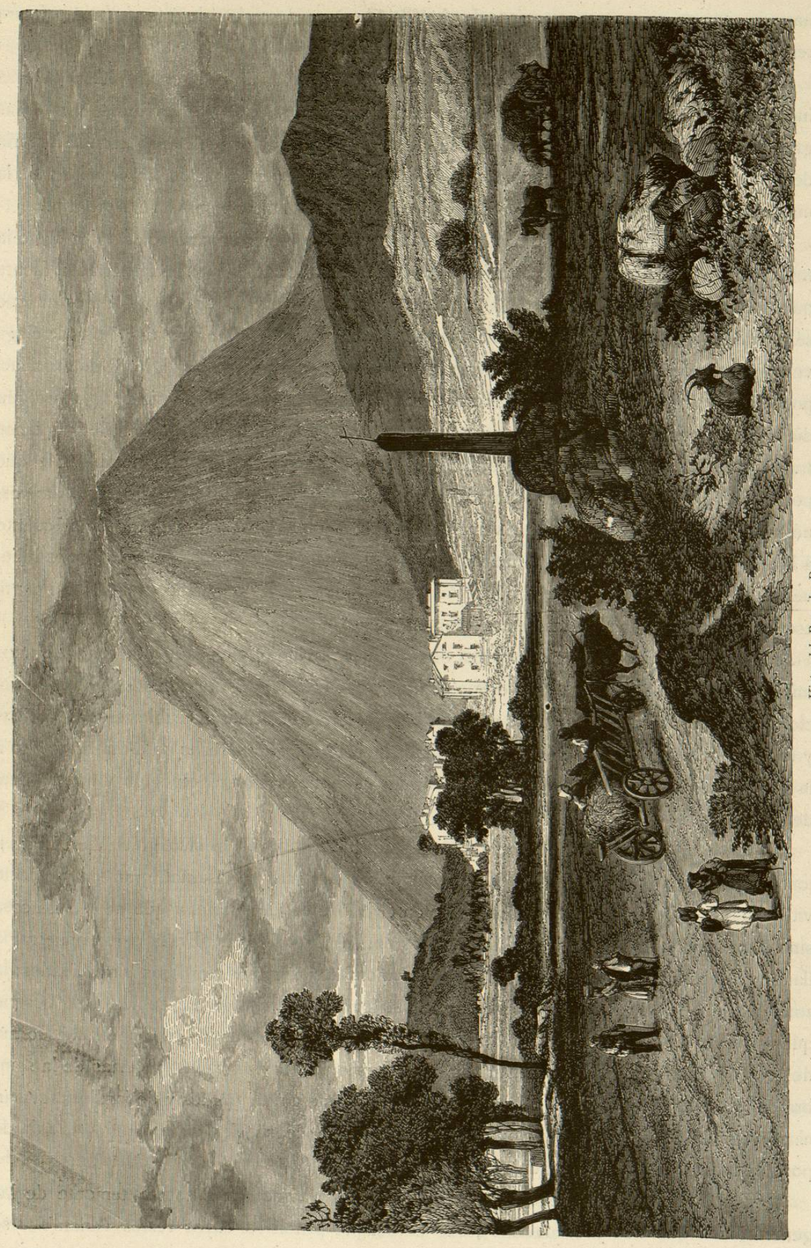
antigua provincia de la Auvernia, país que figura notablemente en la historia de Francia, y cuya existencia en los tiempos prehistóricos ha sido casi una novela.

Esas colinas y montañas que surgen tan singularmente, y á veces tan de improviso desde el nivel superior de la meseta, no se asemejan á las que vemos en otros puntos, como por ejemplo en las altas tierras de Gales; algunas ofrecen el aspecto ordinario, pero las más afectan la forma de cúpulas redondeadas ó de conos truncados, con rápidas pendientes. En una palabra, el país que vamos á recorrer es una antigua tierra volcánica, pero los fuegos se han apagado; el líquen blanquea la corriente de lava, y la yerba crece en el interior del cráter, aunque muchos conos parecen tan recientes como si sus cenizas no se hubieran enfriado aún; las mismas cordilleras no son otra cosa sino los enormes restos de volcanes, apagados hace largo tiempo. Su aspecto es extraño y salvaje, pero no carece de belleza y grandiosidad, sobre todo cuando en una noche tempestuosa las montañas parecen teñirse de púrpura, ó cuando brillan al reflejarse en ellas los últimos rayos del sol poniente en una tarde de verano. En algunas partes los paisajes de esta region pueden rivalizar con las más delicadas bellezas del Languedoc y del Bearn, como por ejemplo en el punto donde el ancho valle del Allier se extiende entre las montañas de Forez y las pendientes situadas bajo la cordillera del Puy de Dome; en otros parajes el país tiene un aspecto mucho ménos risueño, pero más especial, más típico, y que puede seducir al viajero por la novedad. Por doquiera se ve una serie de aristas paralelas que bordean otras tantas depresiones profundas; esquistos negros y granitos de hierro gris erizan las escarpaduras; algunos grupos de encinas sombrean las pendientes; el césped tapiza las concavidades sinuosas, donde entre espesos árboles murmuran invisibles arroyuelos; y en las mesetas intermedias, grandes castaños disputan el suelo á mezquinos cereales ó inmensas platabandas de brezos, que con sus tintes sonrosados indican las ondulaciones del terreno.

Sólo cuando el viajero se aproxima á las altas cordilleras del Cantal ofrécese á su vista un paisaje verdaderamente grandioso; la gran meseta, cuya formacion geológica se indica por grandes rocas de gneis y de micasquisto, sombreadas por los brezos y las encinas, desarróllase bajo un horizonte inmenso, presentando una enorme mole hemisférica, de color azulado, y salpicada de zonas casi negras, donde el sol proyecta como reflejos de oro bruñido.

II

Por su situacion en la desembocadura del valle de Jordana, frente á la rica llanura de Arpajon, en el cruzamiento de los caminos que ascienden desde el mediodía al monte Dore, y por su poblacion activa é inteligente, Aurillac es por derecho la ciudad principal de la alta Auvernia. Tambien le pertenece el primer rango en otro sentido por haberse adelantado á la mayor parte de las poblaciones de Francia en la vía de las libertades y de la civilizacion. En cuanto á que su nombre primitivo fuera *Oslhiac* ú *Orliac* y que haya sido un *pagus* galo, trasformado despues en *oppidum* romano por Marco Aurelio ó por Aureliano, esta es cuestion que deberán resolver los eruditos en historia, limitándonos á decir que en el gran libro del



Vista del Puy de Dome

imperio romano no se hace mencion de Aurillac, y que el nombre de esta ciudad no figura realmente en las páginas de la historia hasta despues del año 839.

Harto dichosa por haber pasado casi desapercibida á través del ciclo entero de las guerras inglesas, de la era de los robos, asesinatos, raptos é incendios, que marcaron con sangre las grandes compañías de merodeadores, la suerte de Aurillac hubiera sido única en la historia de las ciudades de Francia si hubiese podido escapar tambien de la fiebre de odio y de la mortífera lucha que asoló el occidente de Europa durante la última mitad del siglo XVI.

De su pasado monumental, Aurillac ha conservado algunos restos notables, tales como la torre de San Estéban, cuyo tercio inferior parece pertenecer al siglo IX; una hermosa fuente que segun los arqueólogos data del año 1100; y algunos restos de casas particulares en que se reconoce la arquitectura de la Edad media y del Renacimiento. En una hora de ciega venganza, en 1569, los protestantes arrasaron todos los monumentos religiosos de Aurillac, por lo cual la ciudad no tiene iglesia anterior á dicha fecha: si su catedral puede figurar algun dia entre los templos notables que existen en Auvernia, lo deberá á la ejecucion de los planos trazados por un arquitecto contemporáneo. Uno de los monumentos más notables, de que podria enorgullecerse cualquiera ciudad, es la estatua de bronce de Gerberto, pastor auvernés, que fué el papa Silvestre II. Es una de las últimas obras de David de Angers, en cuanto á la fecha, pero la primera por el mérito: una de las numerosas figuras de los tres bajos relieves que adornan el pedestal reproduce las facciones austeras y melancólicas del eminente escultor; es una página que ha firmado con su retrato.

El castillo de San Estéban fortaleza de un jefe carlovingio, y ciudadela de los soberanos mitrados de Aurillac, se halla convertido ahora en Escuela normal de los maestros de instruccion primaria del Cantal: los glácis de la antigua fortaleza, sus caminos cubiertos, sus cortinas y fosos se han trasformado en huertos, jardines y plantíos; un estrecho patio ha sustituido á la antigua poterna; y en la antigua sala de armas hay una biblioteca escogida y un gabinete de física.

Desde lo alto de la torre de San Estéban se disfruta de un magnífico golpe de vista: en lontananza divísase de frente la línea denticulada de las cimas del Cantal, gran promontorio violáceo que se proyecta del grupo céntrico en el horizonte del norte, y que no es otra cosa sino la prolongada corriente basáltica que corona el Puy Violent. En la parte opuesta, la llanura parece rodear el pié meridional de las montañas con sus verdosas sinuosidades; la zona negra que se extiende por el mediodía está formada por los cerros cubiertos de bosque que estrechan el curso inferior del Cere; y por último, al pié del castillo extiéndense en forma de abanico las construcciones de Aurillac, de diversas edades: sus calles cubiertas de la sombra de los siglos, sus alamedas, sus modernas avenidas, su faja de prados y de jardines forman el más agradable conjunto; y el Jordana, desembocando de su alto valle plutónico, difunde por numerosos canales la fecundidad y la vida.

Este sublime paisaje puede servir de enseñanza, porque habla constantemente de las generaciones que nos precedieron: desde el bosque primitivo, cuyos restos venerables se adhieren aún á la falda de los volcanes apagados, recordando la lucha céltica que ocultó en

sus sombras, hasta las maravillas del vapor y del telégrafo eléctrico, adelantos de nuestro siglo, se tienen á la vista casi todas las estaciones de la vía ascensional franqueada por nuestros antepasados; en los monumentos, ya en pié ó caidos, se pueden seguir las huellas del feudalismo, del poderío eclesiástico, del desarrollo y caida de las comunidades, de la omnipotencia real, y por último de la revolucion; muchos restos ruinosos dan testimonio de los errores, de los extravíos y debilidades de la humanidad; y todo esto puede servir de saludable leccion á los muchos jóvenes que aquí pueden contemplar ese grandioso cuadro diariamente.

Saliendo de Aurillac, y si se sigue el camino del norte, uno de los pueblos más notables que se encuentran es el de San Cernin, desde donde una rápida pendiente conduce á un estrechamiento del valle en que el Doira no es sino un barranco, reducido á la anchura del puente que le atraviesa. Aquí desaparecen los últimos vestigios de los sedimentos y depósitos lacustres, cuya huella se podria seguir desde Mur-de-Barez, á cuarenta y cinco kilómetros por el sudeste; la escarpada rampa que se franquea despues pertenece á la inmensa capa de materias vitrificadas que los cráteres del Cantal proyectaron hácia el norte; por las escarpadas paredes del vallecito del Bertrande se puede juzgar del enorme espesor de esa inmensa sábana; sus líneas horizontales y sus ángulos correspondientes dejan ver las capas sobrepuestas de las diversas rocas volcánicas, conglomerados, traquitas y basaltos, á través de los cuales ha quedado abierta esa trinchera de ciento cincuenta á doscientos metros de profundidad, que llega hasta el granito primitivo, el cual dejan descubierto las aguas en más de un punto.

El valle del Bertrande, aunque una de las ménos importantes de las diez y nueve cuencas cuyas convulsiones subterráneas y erosiones han surcado los flancos del Cantal, ofrece para el estudio una muestra casi completa de los desgarramientos del suelo volcánico que comunican un sello particular á todo este país. Si no puede contener en su reducido cuadro las bellezas casi alpestres de las depresiones bañadas por el Jordana y el Cere, ó la salvaje grandeza de las sombrías grietas recorridas por las aguas del Goul y del Mars, no difiere en cambio de esos valles por la formacion geológica, ni por la naturaleza y el órden de los estratos escalonados en sus paredes, ni por el revestimiento con que la accion de los siglos y la mano del hombre han adornado esa armazon volcánica. El rio que brilla y murmura sobre un lecho de rocas entre dos aterciopeladas alfombras de verdura no es lo que más llama la atencion, ni las suaves ondulaciones de los verjeles y praderas esmaltadas de caseríos, ni tampoco el notable contraste que ofrece la desnudez de la pared septentrional del valle con la faja de hayas y pinabetes que sombrean el lado opuesto de la base á la cima; lo que asombra es la enorme masa basáltica que corona su escarpadura al noroeste del burgo de Saint Chamand. Vista desde lo alto de la opuesta pendiente del valle, créese ver surgir una de esas ciudadelas de los genios con que la imaginacion oriental puebla los retiros más inaccesibles de sus montañas; todo se presta á la ilusion en ese gran *Lusus naturæ:* el inmenso declive de conglomerado, pulimentado por el tiempo y que se inclina poco ménos que la escarpa de una fortificacion permanente; la horizontalidad de la larga zona de prismas verticales, que sobrepuestos en aquel figuran el cordon de un parapeto moderno; la espesa capa de basalto compacto,